

de ella brillando en su armadura, como aquellos insectos de oscuro ropaje, que al extender las fuseas alas que les sirven de estuche, muestran debajo de ellas, antes de alejarse volando, un brillantísimo arnés que parece cubierto de piedras preciosas. Así Gareth, antes de partir, relampagueó en su armadura. Luégo, mientras se ponía el yelmo, y tomaba el escudo, y montaba á caballo, y empuñaba la lanza, de madera fortalecida



por las tempestades en un sitio expuesto al embate del viento, y provista de una afilada punta de bien templado acero, en torno de él fué agolpándose la gente, y de la cocina llegaron en tropel los esclavos, quienes al ver al que había trabajado más que todos ellos, y á quien no podían menos de amar, á caballo y armado tan espléndidamente, echaron sus gorros al aire, gritando:—Dios bendiga al rey y á toda su compañía.— Así, pues, por entre la apiñada multitud que no cesaba de vitorearle con el mayor entusiasmo, cabalgó Gareth descendiendo la empinada calle, y salió de la ciudad por la mágica puerta blanca.

*
* *

Alegremente partió Sir Gareth en pos de los peligros y de la gloria; pero del mismo modo que cuando dos perros riñen, si uno de ellos es separado de su competidor antes de que el combate haya refrescado su furia, sigue, si le llama á su dueño, pero lo recuerda todo, y recordándolo se detiene, y vuelva la cabeza y gruñe; así Sir Kay, parado junto á la puerta, gruñía furiosamente y renegaba de Gareth, á quien estaba acostumbrado á molestar y vejar á todas horas.

*
* *

— ¡Empeñado en una empresa con armas y caballo!

¡ El rey ha querido divertirse , mi marmitón ! — ¡ A vuestro trabajo , esclavos ! No sea que dejando languidecer el fuego , aticéis el que arde dentro de mí . — Yo creo que aun hemos de ver al alba asomar por el Oeste , y al sol ponerse por Oriente . — ¡ Lejos de ahí , bergante ! ¡ A la cocina ! — Probablemente algún golpe que recibió en la cabeza siendo niño , y al que entonces no se prestó atención , ha acabado por trastornarle el seso . — Sí ; sin duda está loco . ¡ Cómo alzaba la voz el bellaco , pregonando , sin avergonzarse , que era un marmitón ! ¡ Tararira ! Bastante humilde y sumiso fué conmigo hasta que viendo que Lanzarote se fijaba en él , empezó á envanecerse . ¡ Bien , bien ! seguiré á mi presuntuoso criado , y veré si todavía me reconoce por su señor . Del humo ha salido , y por la gracia de Dios , que si algo vale mi lanza he de hundirle en el lodo . Después , si el rey despierta de su locura , al humo ha de volver otra vez .

*
* *

Pero Lanzarote le dijo : — Kay , ¿ porqué quieres ir contra el rey ? Nunca hizo tal aquél á quien injurias , sino que humildemente sirvió al rey en tu persona . Detente y medita , pues ese mozo es alto y fornido , y sabe manejar la espada y la lanza . — ¡ Tararira ! — dijo Kay ; — déjame en paz . Es llevar tu finura demasiado lejos , emplearla en echar á perder buenos criados con bobas cortesías . —

Dichas estas palabras montó á caballo , y por entre la silenciosa multitud , dirigióse fuera de la ciudad .

*
* *

Entretanto , la doncella , que se había detenido junto al campo de los torneos , permanecía aún allí , refunfunando . — ¿ Porqué el rey se ha burlado de mí ? Si no podía disponer de Lanzarote , podía á lo menos haberme dado alguno de los que aquí pelean por el amor de las damas y por la gloria , en vez de darme — ¡ oh cielos ! ¡ qué vergüenza para él ! — en vez de darme un marmitón .

*
* *

Sir Gareth , que llegaba en aquel instante , se acercó á ella brillando en su armadura . Y en verdad , bien se puede asegurar que pocos mancebos más hermosos que él había en todo el reino . — ¡ Gentil doncella ! — le dijo . — Esta empresa me pertenece . Guía , que yo te sigo . — Ella entonces , como quien en el monte huele un agásico de inmunda carne , y cree oler carroña de sierpe ó comadreja , llevó con petulante ademán á su delgada nariz el pulgar y el índice , chillando : — ¡ Véte de ahí ! Aparta , que hueles á pringue de cocina . — Y mira quien viene detrás . — Por que en efecto , allí estaba Kay , que acababa de llegar á escape . — ¿ No me conoces ? — ahulló el senescal .

— ¿No conoces á tu amo? — Soy Kay. — Te necesitamos junto al fogón.

*
* *

Y Gareth replicó: — ¡No eres mi amo ya! Demasiado bien te conozco, sí; eres el menos amable, el más descomedido caballero de la casa del rey. — ¡Toma, pues! — dijo Kay, chocaron, y el senescal cayó en tierra con un hombro descoyuntado; y Gareth gritó de nuevo: — Guía y te sigo. — Y entonces la doncella huyó á galope.

*
* *

Pero después de correr buen trecho á rienda suelta, y cuando ya el corazón de su buen caballo parecía á punto de estallar con la violencia de los latidos, la doncella se vió obligada á detenerse, y alcanzada por Sir Gareth, le dijo:

*
* *

— ¿Qué haces en mi compañía, marmitón? Te parece que te tengo en mayor estima, ó que estoy más dispuesta á aceptarte por mi campeón, porque cobardemente, por medio de algún ardid, ó simplemente por mala ventura tuya, has derribado y muerto á tu señor? ¡Tú! friega-platos! ¿No estarías mejor dando vueltas al asador? A mí me hueles á cocina como antes.

*
* *

— Di lo que quieras, doncella, — contestó Sir Gareth dulcemente; — pero, por duras que sean tus palabras, no he de dejarte hasta llevar á cabo esta honorable empresa, ó morir en ella.

*
* *

— ¿La llevarás á cabo? ¡Santo Dios! ¡Cómo el bribon, á fuerza de escuchar, ha aprendido el lenguaje de los más nobles caballeros! Pero, villano, pronto tendrás que habértelas con uno en quien tus bellos discursos no harán mella. Y yo te aseguro que por lleno que estés de sopa, y á pesar de toda la cerveza de cocina que hayas sorbido, no te atreverás á mirarle frente á frente.

*
* *

— Probaré fortuna; — dijo Gareth con una sonrisa que la puso furiosa. De nuevo huyó como un relámpago por las larguísimas calles de árboles de un ilimitado bosque, y siguiéndola Gareth, fué otra vez insultado.

*
* *

— Don Marmitón; he perdido el único camino que existe á través de la selva, y en el cual los hombres de

Arturo están estacionados para seguridad de los caminantes. Ahora bien; la selva está casi tan llena de ladrones como de hojas, y aunque es verdad que si nos matan á los dos me desembarazo de tí; con todo, Don Galopin, ¿sabes manejar ese asador? Pelea si es que puedes, pues he perdido el único camino.

*
*
*

Así pues, hasta la caída de la tarde cabalgaron juntos el injuriado mancebo y la que tan duramente le injuriaba. Ni ocurrió incidente alguno digno de mencionarse, hasta que al llegar á lo más alto de una gran cuesta vieron á sus piés, en forma de taza y poblada de millares de pinos, una tenebrosa concavidad que descendía suavemente hacia el Oeste, y en cuyo fondo brillaba, á la amortiguada luz del sol poniente, una gran laguna, redonda como el ojo de una lechuza gigantesca. De la temerosa hondonada salían gritos de angustia, que iban aproximándose con rapidéz. Por fin, vióse salir del espeso bosque un hombre, corriendo desaladamente y gritando: — Han amarrado á mi señor para arrojarle á la laguna. — Entonces Gareth, volviéndose á la doncella, le dijo: — Obligado estoy á hacer justicia al agraviado, pero aun más estrechamente obligado á no apartarme de tí. — Y como la doncella le contestára desdeñosamente: — Guía, que yo te sigo, — Gareth gritó: — Yo guio, sígueme. — Y diciendo estas palabras, se entró en el espeso pinar,



dirigiéndose á la laguna, á cuya orilla, y metidos

hasta medio muslo entre

juncos y cañas, vió seis hombrachones, arrastrando á un séptimo, con una piedra colgada al cuello, para ahogarle con ella. Con tres buenos y bien dirigidos golpes aquietó para siempre á tres de aquellos bandidos, y los otros tres se escaparon por el pinar; entonces Gareth desató la piedra que pendía del cuello del que tan felizmente acababa de libertar, y la arrojó á la laguna: oleosamente burbujó el cenagal. Por fin, Gareth desató sus ligaduras, y de ese modo pudo ponerse en pié y andar el libertado, que era un valiente barón, amigo de Arturo.

*
*
*

— Buena fortuna es que hayáis venido, porque sino

estos belitres se hubieran vengado de mí. Y en verdad que no les faltan excelentes motivos para aborrecerme, pues siempre que me apodero de algún ladrón, acostumbro ahogarlo, como animal dañino, con una piedra al cuello. Y son ya muchos los que debajo de estas cenagosas aguas están pudriéndose; pero por la noche dejan la piedra, y saliendo á la superficie, danzan hasta que la luz del alba ahuyenta las sombras. Ahora bien; has salvado una vida que seguramente tiene algún precio, por ser la del que limpia de bandidos esta selva. Deseo, pues, recompensarte dignamente. ¿Qué galardón deseas?

* * *

— ¡Ninguno! — replicó vivamente Gareth. — Si te he salvado ha sido únicamente por el placer de llevar á cabo una buena acción, y por seguir fielmente los preceptos del rey. Pero la noche se avecina. ¿Quieres dar albergue á esta doncella?

* * *

Y como el barón contestara: — Bien veo por tu respuesta que eres de la Tabla de Arturo (1). — Rióse Lynette, y dijo. — Sí, de cierta manera y hasta cierto punto, puesto que es uno de los pícaros de cocina de Arturo. —

(1) O, lo que es lo mismo, de *la Mesa* de Arturo.

Mas no presumas, galopín, que estoy más dispuesta á aceptarte por mi campeón, porque has ensartado hábilmente en tu asador una chusma de medrosos salvajes. Un trillador con su mayal los hubiese desparramado. No, no; no por eso dejas de oler á cocina como antes. Pero si este caballero quiere darnos albergue, acepto gustosa.

* * *

Así habló la doncella. Una legua más allá del bosque, y en medio de hermosas y feraces tierras, alzabase el castillo del barón, coronado de gallardas torres; allí, en un salón espléndido, encontraron los restos de un gran festín que aquel mismo día se había celebrado: ricas viandas, y costosas golosinas, y vinos esquisitos. Para adornar la mesa pusieron en frente de la joven un hermoso pavo real en toda su majestad, y el barón hizo que Gareth se sentara junto á ella; pero ella al punto se levantó, y dijo: — Me parece, señor barón, que hay gran descortesía en colocar aquí, á mi lado, á este villano. — Oídme. — Estaba yo esta mañana en el estrado de Arturo, y rogaba al rey me diese su caballero Lanzarote para combatir á la hermandad del Día y de la Noche, pues solo Lanzarote era capaz de vencerla, cuando he aquí que de pronto se adelanta este imprudente marmitón, gritando: — «La empresa es mía. Soy tu marmitón; y fuerte soy como el que más, gracias á tus viandas y bebidas.» — Y entonces Arturo, sin duda en un momento de locura,

replica: — ¡Vé, pues! — y así encomienda la empresa á este villano, más á propósito para matar puercos que para recorrer el mundo enderezando entuertos hechos á débiles mujeres, ó para sentarse al lado de una noble dama.

*
* *

Medio avergonzado y en parte perplejo el caballero al escuchar estas palabras, miraba ya al uno ya á la otra con extrañeza; pero luégo, dejó á la dama junto al pavón en toda su majestad, y sentando á Gareth á otra mesa, se sentó junto á él, comieron, y entonces le habló de esta suerte:

*
* *

— Amigo, yo no pregunto si eres mozo de cocina ó no, ó si todo lo que he oído no es más que una humorada de la doncella; ó si ella está loca, ó está loco el rey, ó lo están ambos ó ninguno; bástame saber que eres fuerte y gallardo, que das buenos golpes, y que me has salvado la vida; por tanto como tendrás que pelear con muchos y muy fuertes enemigos, considera si no debes volverte con la doncella, á pedir otra vez al rey al más renombrado de sus caballeros, el invicto Lanzarote del Lago. Perdóname, amigo; solo hablo por tu propio bien, pues no puedo olvidar que te debo la vida.

*
* *

Y Gareth contestó: — Estás enteramente perdonado; pero mi resolución es inquebrantable, y seguiré adelante á pesar del Día y de la Noche y de la Muerte y del Infierno.

*
* *

Así, cuando á la mañana siguiente, el caballero cuya vida había salvado los hubo acompañado hasta el límite de su posesión, y despedídose deseándoles buena ventura, volvióse Gareth hacia la doncella, y le dijo: — Guía, y te sigo. — Replicó ella con arrogancia:

*
* *

— Ya no quiero huir: una hora te concedo para que en ella determines lo que has de hacer. El león y la comadreja, cercados por las aguas, se han visto más de una vez juntos en tiempo de inundación. Y por otra parte, pareceme, á pesar de tu locura, que me inspiras alguna compasión. ¿Quieres volverte? Aun es tiempo, y te aconsejo que lo hagas, pues ya muy cerca de aquí hay uno que, si sigues adelante, te derribará y te matará; entonces yo volveré á la córte, y en su propio estrado avergonzaré al rey, por haberme dado, en lugar de Lanzarote, un campeón sacado de las cenizas de su hogar.

*
* *

Cortés y reposadamente contestó Sir Gareth.— Di todo lo que quieras, — dijo, — á mi sólo me toca obrar. Sufre, pues, mi compañía por una hora, y verás mi fortuna alzarse tan radiante como la de aquella que de entre el fuego y la ceniza salió para casarse con el hijo del rey.

*
* *

Pronto llegaron al borde del angosto y profundo cauce del serpentino río que descendiendo de la montaña da tres vueltas en torno del Castillo Peligroso, morada de la bella Leonor. Las orillas eran escarpadas y estaban enteramente cubiertas de maleza, y sobre el río, que era caudaloso y estrecho, había un puente de un solo arco, al otro lado del cual se alzaba un pabellón de seda, con listas de oro sobre fondo azul celeste, y coronamiento de púrpura. Sobre él ondeaba una banderita carmesí.

*
* *

Delante del pabellón se paseaba desarmado el guerrero sin ley, quién en cuanto los hubo apercibido, gritó: — Doncella; ¿ es ese el campeón que has traído de la corte de Arturo, y en busca del cual te dejamos pasar? — No, no, — dijo ella; — Señor Lucero Matutino. El rey, por burlarse de tí y de tu gran locura, te envía aquí su mar-

